



Investigación

El liderazgo pedagógico en la formación de valores ante los desafíos de la educación en tiempos de emergencia

José Martín Luna Torres

Universidad de El Salvador

Facultad Multidisciplinaria de Occidente

Escuela de Posgrados / Doctorado en Educación

En el presente, pensar en el liderazgo en la formación de valores en el marco de la educación resulta, además de un profundo reto, una tarea sumamente compleja ya que el mismo no es visto como importante y es una realidad no menos prioritaria en las sociedades actuales a pesar de que se hable de la educación con tanto énfasis.

En este artículo se expondrán algunas ideas que tiene como objetivo pensar una concepción teórica metodológica para la formación de los valores. La pregunta ¿para qué educar? abre las expectativas de la educación a horizontes infinitos, puesto que ella supone una realidad sumamente amplia y compleja.

Desde lo anterior, educar a la población en nuevos y actuales valores es y debe ser siempre una prioridad esencial a pesar de que los Estados en sus políticas no le vean como relevante, por ello en un

contexto de emergencia se debe de asumir este reto.

La interrogante acerca de ¿cómo poder incidir en la educación a propósito de gestar valores? es de suma importancia y abre las expectativas de una búsqueda que, en el presente, no debe cejar por nada puesto que la educación, hoy más que nunca en el contexto que se vive en el planeta, debe buscar no solo las interrogantes del presente –que son complejas en si mismas– sino aquellas interrogantes que antes siempre se quedaron sin responder y, por ello, fueron man-

tenido la educación enquistada en el pasado y alimentando acciones que el presente demostró no solo no son de utilidad sino que, además, no le han permitido trascender en nuevas experiencias, diferentes, de cara a las expectativas de las nuevas generaciones.

Educar en el presente, si se quiere hacer como conviene a los Estados nacionales a fin de que esta sea lo que deber ser para la población; es decir, permitir el verdadero desarrollo cognoscitivo de la población del país y dar posibilidad al desarrollo educativo que abra las expectativas de búsqueda de lo nuevo, que realmente beneficie al conglomerado social.

Educación para desarrollar a los pueblos y no para mantenerlos en un estadio de creencias arbitrarias y a lo mejor antinaturales, como pueden ser los “valores” que propugnan diferentes ideologías como la de género, el control de la natalidad y el tema de las guerras y la violencia y el peor de todos, el no valorar la vida humana.

Es decir, la educación vista y entendida como una dinámica para propiciar y fortalecer verdaderos valores para la sociedad, que es gestora de multiplicidad de procesos que, a su vez, construyen de nuevo la misma sociedad. Valores que nacen de su propia idiosincra-

sia, de su cultura, de su ser país. Esta educación sin duda debe ser nueva, deber ser original, propiciada por las particulares expectativas de esa singular población que supone la sociedad del país y que es capaz de proponer lo nuevo puesto que sus pobladores sin duda tienen un talante especial, tienen una particular forma de entender la vida, poseen una particular espiritualidad que refiere su esencia, lo suyo, lo propio, lo irrepetible.

Esta educación no debe estar mediada por organismos internacionales pues ellos tienen intereses que no responden a la propia realidad sino más bien a los intereses económicos, globalistas del poder económico mundial; así, entonces, como diría Freire, esta educación en primer lugar deber ser liberadora, pero antes liberada de los límites impuestos por esquemas educativos tradicionales, por políticas internacionales que más que construir limitan, por mediaciones nacionales o internacionales que la historia ha demostrado no solo no son eficientes, sino que no han sido capaces de trascender las más grandes dificultades por las cuales atraviesan las sociedades del presente.

La historia de la vida del individuo es, ante todo y sobre todo, una acomodación a las normas y

pautas tradicionalmente transmitidas en su comunidad. Desde el momento del nacimiento, las costumbres en medio de las cuales se ha nacido modelan su experiencia y su conducta (Benedict citada por García, 1973), (Castaño, 1994). Pensar que nuestra realidad latinoamericana es gestora de pautas y normas de conducta mediadas, en primer lugar, por una tradición antiquísima de pueblos originarios, una tradición cristiana que se remonta a 500 años y la experiencia de una nueva nación-estado, de la que ya se han celebrado 200 años.

Nuestros pueblos latinoamericanos poseen sus propias tradiciones antiquísimas, tradiciones que en la mayoría de casos han sido negadas por los herederos del poder gestado durante los momentos de las llamadas independencias de nuestros países. Sin duda todas estas normas y pautas que generan conductas y modelan otras muchas debe ser rescatadas por la educación formal que, a lo mejor en la mayoría de los casos, ha partido hasta el día de hoy de copias foráneas, de copias de modelos que tal vez en los contextos en los cuales fueron creadas no solo no funcionaron, sino además no dan respuesta a las verdaderas y profundas expectativas de las poblaciones para trascender las difi-

cultades y retos que trae la modernización y el pseudo desarrollo en el que se tienen fijadas.

Esto, además, por los intereses diversos a los cuales se dieron, no responde a la búsqueda real y auténtica de la promoción de sus pueblos, de sus personas. Sin duda que en esas tradiciones milenarias y únicas descansa toda una riqueza de potenciales valores, todo un cuerpo de prerrogativas morales referidas a lo que desde nuestros antepasados quisieron para su propia gente en el momento que les tocó existir, les tocó vivir.

Desde ese pasado tocaría hacer una revisión a esa etapa de su historia, a fin de descubrir la profunda experiencia moral que estos pueblos tuvieron a bien gestar y que, sin duda, lograron poseer valores propios y únicos para sus conglomerados, para sus pueblos, para su gente y que está a lo mejor les fue arrebatada con su riqueza, con su libertad y sus vidas.

En realidad, las escuelas no se diseñaron para los niños. Reflejaban, más bien, el modelo de organización de la fábrica, resultante del ascenso de la industria y la expansión económica entre 1897 y 1921, que, en último término, se aplicó tanto a la educación como a la empresa (Jacobs, 1999). En el

ejercicio de identificar la complejidad que supone la escuela formal, no está demás recordar que esta no fue creada pensando en los niños sino más bien su razón de ser lo propició el hecho de recrear en la escuela el modelo de la fábrica, que de alguna forma reproduce el modelo estandarizado usado para los trabajadores.

Quizá ello explique, en parte, porque ese modelo de educación formal que posee la escuela hasta el presente no resulte del todo satisfactorio y esa masificación hasta cierto punto desmedida de la educación, sobre todo cuando pasa de 20 o 30 niños, no responda a las expectativas propias y particulares de los niños que, en pleno desarrollo cognitivo, en la perspectiva de su completo y total desarrollo, muchas veces encuentran en el aula un dificultad parmente para su desarrollo.

Lo anterior en relación a aspectos como el de la socialización, limitada por el uso desmedido de normas que coartan la libertad del sujeto, la constante limitación o empobrecimiento de la creatividad cuando se impide que el niño y joven no solo no pregunten sino que tampoco puedan expresarse creativamente de cara a múltiples interrogantes que se dan en la escuela; o que los temas puedan

afloorar o suscitarse en el marco de las materias que reciben.

Además, el trabajo formal que se da en la escuela puede ser traumático puesto que rompe bruscamente con las situaciones normales de la vida en la familia y demás realidades naturales; muchas realidades de la vida se desnaturalizan en la escuela y se pierde la expectativa de desarrollo normal y sano. Por ejemplo, el desarrollo de la sexualidad, el desarrollo de profundas creencias, y la gestación de convicciones que se convertirán en los criterios que el nuevo sujeto y ciudadano debe poseer para vivir en grupo, para vivir en las sociedades complejas del mundo presente.

Constantemente se ha dicho por organismos internacionales que todo ser humano tiene derecho a la educación; pero, en la práctica, esto no solo no se cumple sino que, cuando si se da, las deficiencias campean por doquier. Sobre todo en las mayorías pobres y en las minorías de niñas a lo largo y ancho de nuestro contexto latinoamericano, puesto que en realidad este derecho se niega y sobre todo se niega a las pobres, indígenas o que tienen alguna dificultad en sus contextos para salir de lugares complicados, ya sea por la geográfica o bien por el clima

imperante en esa zona particular donde ellas moran.

En esta lógica queda muy claro que, en la práctica, la educación no solo no es un derecho para todos sino que además ésta, en muchos casos, no propicia los valores; pues en su praxis cotidiana no está diseñada para ello y los niños y jóvenes no pueden establecer relaciones de sentido pues la rechazan por lo que ella es y por cómo se ha desarrollado a través de décadas.

Por otro lado, los ciudadanos que sí pudieron salir del sistema en los casos variados no son, precisamente, gestores de valores con una práctica moral que denote un talante, un porte moral tal que pueda decirse de ellos que son personas morales en el sentido mas explícito del término. Aplicado a los individuos adultos y normales, representativos del más honesto termino medio de la humanidad, resulta que las personalidades realmente lógicas y dueñas de su razón son raras, como lo son los hombres verdaderamente morales, que actúan según sus capacidades de acuerdo a su conciencia (Piaget, 1972).

Esta realidad, que Piaget muy bien expresa, es la evidencia real de que los valores no inciden de

esta forma en los ciudadanos comunes; por alguna razón que, probablemente, refiere al fracaso de la educación en todos los ámbitos; incluso hasta en el superior universitario no tenemos profesionales que muestren en su ser una dinámica tal que pudiese expresar que en el sentido más correcto del término son ciudadanos eficientes, son ciudadanos correctos, con un potencial de humanidad, capaces —a partir de los valores asumidos— de transformarse y transformar el entorno de la relaciones interpersonales, culturales, el mundo laboral, la dinámica de la política y las relaciones internacionales.

Lamentable cómo los Estados y sus ciudadanos no son capaces de determinar sus destinos, sus historias, sus propios afanes y luchas históricas sino, más bien, otros los determinan so pretexto de convenios internacionales, so pretexto de políticas internacionales de comercio; así los hombres y sus Estados pierden el control de sus territorios, de sus conciencias, de su vida, de su salud física y mental, en síntesis, su identidad.

En esta lógica los valores carecen de una autentica dinámica de historización y solo se consideran como pretextos y justificación teórica para dar razón a programas de ayuda de instituciones (nacio-

nales o internacionales), en muchos casos para guardar las apariencias de situaciones ambiguas, de doble moral social y religiosa, o bien perpetuar esquemas injustos que no aportan absolutamente nada a las expectativas de las nuevas generaciones.

Toca, en el presente, pensar y repensar la lógica que, de cara al futuro, debe prevalecer en los valores. Sin duda no es nada fácil, pero hoy más que nunca la historia, la realidad que se vive, lo exige; a propósito de transformar la vida de los seres humanos, sus relaciones familiares e interpersonales, su relación con ecosistema, su relación con el cosmos y la trascendencia. Toca, pues, buscar trascender desde nuestra humanidad en los valores que permitan una nueva relación de sentido consigo mismo, y con todo lo demás que hace parte de la vida en esta historia, en esta dimensión, en este planeta.

Referencias

- Castañó, J. G. (1994) *Antropología de la Educación*. Salamanca : Eudema.
- Jacobs, H. H. (1999) *Curriculo XXI. Lo esencial de la educación par un mundo en cambio*. Madrid: Narcea, S. A. De Ediciones .
- Piaget, J. (1972) *¿A dónde va la educación?* Barcelona: Teide, S.A.